

Academia de Buenas  Letras de Granada

# DISCURSO

PRONUNCIADO POR EL  
EXCMO. SR. D. ESCOLÁSTICO MEDINA  
EN SU RECEPCIÓN PÚBLICA  
COMO ACADÉMICO DE HONOR

ACTO CELEBRADO EN EL PARANINFO  
DE LA UNIVERSIDAD DE GRANADA  
EL DÍA 22 DE OCTUBRE DE 2012

GRANADA  
MMXIX

Esta publicación ha contado con una subvención de la  
Consejería de Economía, Conocimiento, Empresas y Universidad  
de la Junta de Andalucía.



*Edita:* © Academia de Buenas Letras de Granada  
Apartado de Correos 1013  
18080 GRANADA

<http://www.academiadebuenasletrasdegranada.org>

*Imprime:* Taller de Diseño Gráfico y Publicaciones, S. L., Granada

*Depósito Legal:* Gr-1729-2019

# DISCURSO

DEL

EXCMO. SR. D. ESCOLÁSTICO MEDINA

Nos queda la palabra



Excmas. e Ilmas. Autoridades,  
Señoras y señores académicos,  
Paisanos:

Hace solo unos días, el antipoeta, como él mismo se bautiza, Nicanor Parra, recibió el premio Cervantes en Alcalá de Henares de manos del príncipe de Asturias, heredero de la corona de España.

A Nicanor, la palabra del fin del mundo, el “contrapablo”, aunque le admirara profundamente, que no hay más Pablo que Neruda, aunque haya otros Pablos en nuestro calendario festivo, lo conocí una noche, hace ya muchos años, tantos que bastantes de ustedes, mis queridos paisanos, no habían ni nacido siquiera, en aquella peña de *pisco sour* y libertad que llevaba personalmente Violeta Parra, su hermana, muerta de amor por culpa de un mal amor, escuchando por primera vez la hermosa canción, himno de tantas gentes de todo el mundo, *Nos queda la palabra*, el poema de Blas de Otero que Paco Ibáñez convirtió en una de sus composiciones musicales más hermosas.

Y Violeta la cantó esa noche en homenaje a este enviado especial de Granada por el mundo entero. Así lo dijo, y despejando el humo que nos envolvía, me la cantó a mí solo, aunque la habitación aquella estaba llena de gente libre y soberana, con Allende en el poder. Salvador Allende, aquél que después de mirar el libro que le llevaba, firmado por Luis Miguel Dominguín, con los toros y los toreros de Picasso dentro, me aseguró:

— Jamás me enganchará el toro de la política.

Y el toro de la política lo mató, aunque fuera de su mano, de su propia mano, con un disparo del fusil que le había regalado Fidel. Un tiro en el paladar, que en esta tierra de suicidas, muchas veces de la palabra, es un disparo personal que nunca falla. ¡Ay, de aquel tiro de gracia! Desgracia de la palabra, que a veces mata más que el plomo mismo, igual que tantas veces la palabra resucita.

Siempre estoy lleno de palabras, de nombres y de lugares.

Aquella noche me cantó Violeta Parra, a mí, mirándome a los ojos, cuando aún tenía una mirada que sostener y que devolver, si era posible. Después, Mercedes Sosa me volvió a decir lo mismo en el viejo Madrid junto al viejo Yupanqui, aquél que cantaba sin que le faltara la ere, que como buen argentino le faltaba, cuando hablaba. Aquel viejo Madrid, que era, que es tan parecido al Buenos Aires en donde me reuní con José Carlos Gallardo, cuya palabra no había perdido su acento de la calle San Matías. Él fue quien me llevó hasta Sabato, un viernes, y quien luego, además, me dejó a la puerta de Borges, aquel ciego que veía y que me confesó, con los ojos blancos de los vendedores de té, del desierto de los hombres azules, que son los tuaregs, me confesó, con la sonrisa aquella de los ciegos, los que siempre viven a la sombra del árbol de los besos, como escribió nuestro paisano Fernández Castro en su carmen frente a la Alhambra, que es como vivir toda la vida coronado, me confesó:

— Siempre acaricio en esta biblioteca mía el lomo de la Enciclopedia Británica, porque es como acariciar la espalda de la mujer amada.

¡Ay, el lomo de la mujer amada! Aún no estaba la Kodama, que fue el fantasma trasparente del Borges que conocí, y que me hablaba de la palabra suavemente acariciada.

Cuántas palabras escuchadas, más que oídas, a lo largo de mi vida de contador de historias, de palabrero del reino nazarí, y aprovecho aquí para insistir en el tema, porque soy nazarí, andalusí, piñarí, mediní y, desde luego, granadí, siempre con el acento en la í, en este tiempo en que se penalizan los acentos. Los acentos, las aes abiertas, que hacen que Granada, la nuestra, la de los 168 granos, la de Granada y sus pueblos, que nada sería de Granada sin sus pueblos, como me dijo un día Luis Rosales y me repitió luego tantas veces, en su casa de la sierra madrileña o en su primer piso del barrio de Argüelles, cuando vivía frente a la estancia de aquella mujer que fue maharaní, Lolita, en la ciudad rosa de la India... Rosales, que nunca perdió su acento.

La palabra pronunciada y perdida, en el aire de aquellos largos años, de Federico, fina palabra, rotunda palabra de la sangre y de la masa de la sangre, de Federico, que dicen está ahí en el aire perdida, volátil como un vulano, junto a la de Jesucristo, hasta ahora no encontrada, o la de Ganivet, cuya sombra, su buena sombra, yo busqué allí donde decidió darle vida a su muerte, en aquellas frías aguas, bajo aquella espesa niebla, que tanto justifica su despedida...

Siempre busqué la palabra. Cada valle de Granada, cada pueblo de la vega de Granada tiene su palabra, que, teniendo la misma partitura, tiene, eso sí, distinta música. Como la palabra perdida y encontrada de las altas tierras, la palabra del Edelweiss. Cuánto me gusta

decir la flor de la pasión. Cuánto me enciende escuchar las palabras de las que tanto aprendí, desde las de rezar, que antes rezaba, «Renuncio a Satanás, a sus pompas y a sus obras», a la palabra morada del cardenal Parrado. ¿Dónde estará la palabra del padre Manjón? ¿Dónde la palabra morena, rota, de Carmen Amaya, cuando aquel día, ya agonizando en Bagur, frente al suave mar de la Costa Brava, me descubrió que, a veces, de tanto usarlas, algunas palabras se ningunean? Aquella mujer que sudaba sangre —qué hermosa la palabra “sangre”, qué dura la palabra “sangre”, qué palabra más palabra entre todas las palabras—, me dijo:

— Mi mama —me lo dijo así, sin acento, que es distinto, pues a veces, también hay que decirlo, los acentos desvirtúan, descabezan las palabras, y mama sin acento es mejor que mamá con acento en la a—, mi mama me decía —me dijo la Amaya, que tiene tres aes en su sola palabra, tres sílabas con la a, como Granada, Alhambra, la misma palabra “palabra”— que yo había nacido en las cuevas del Sacromonte pero que me habían traído a Barcelona en burro, con la familia entera, como cuando Jesús huía, dentro de su madre, en la borrica...

¡Ay, las palabras! Las palabras, siempre mandando en mi vida, desde mi primer verso, la palabra en pie, la palabra del niño tísico, que un viejo que pide perdón por tantas palabras mal usadas, abusadas, que una palabra es como el virgo de una niña sin pecado, aquel primer verso del niño de los siete años, sí, siete, siete, ahora que tengo diez veces siete ya sobre mis hombros de pana gastados por las lunas...



Soñando siempre en ser lápiz,  
el ciprés solo y abuelo,  
con la raíz honda honda  
y un murciélago en la fronda,  
quiere pintar en el cielo,  
harto de luna redonda,  
la luna como un pañuelo.

Tenía que traer mi primero y tal vez único poema, la palabra presa, encarcelada de mi primer poema, llamarle poema es demasiado, pero fue el primero, quizá el último también, pero en esta tierra, en esta casa de los poetas de Granada, tantos y tan buenos, los conocidos y los ocultos, los que pertenecen a la poesía secreta que no enseñan nunca, la tarjeta de sus sueños de cada día, ese verso guardado en la mesilla de noche, ese verso escrito en la “Capilla Sixtina” que es la “camilla sixtina”, frente a las vistas siempre, siempre las vistas: «Que tenga vistas», pedimos, antes que agua en el grifo, cuando a una casa llegamos, aunque las vistas sean a veces la muralla china, o la muralla zegrí, que era la última, con la pluma en el sombrero del acento, que me faltaba.

¡Ay, las palabras! Sin la palabra no podría, jamás pude, vivir:

La palabra del pregón,  
del perdón,  
la palabra para subir, para bajar,  
para morir, para matar...  
la palabra que amaso,  
que guardo,

la palabra que sigo,  
que persigo  
(la perseguía hasta el canto)  
la palabra que meneo,  
que masturbo,  
que reviento,  
que afile,  
que arromo,  
que siento,  
que consiento,  
que presiento,  
la palabra que resucito,  
la momiapalabra,  
la palabra que busco,  
que a veces encuentro,  
la palabra como un puñal,  
como una faja,  
la palabra que por tres veces niego,  
la palabra que suspiro,  
que respiro,  
que conspiro,  
la divina palabra,  
la palabra que reparto,  
que escondo,  
la palabra que es mía y de todos,  
la palabra nueva,  
como una papa nueva...

La palabra papa es una gran palabra, con acento y sin acento. La palabra viejo, tan hermosa, una palabra arrugada, como debe ser. La palabra vida, que viene de vid. La

palabra que emborracha, que es distinta de la palabra que embriaga, por ejemplo. Y es que hay palabras verdaderas, como vino, como sangre (otra vez la sangre, siempre la palabra “sangre”), como corazón, palabra mal usada tantas veces, porque el corazón es el riñón y a veces el hígado y a veces la corteza de la cabeza.

Me gustan las palabras que suenan, las palabras como violín y contrabajo, aunque me gusta más violón, que yo he visto, a don Pablo, el Pablo catalán, el Pau, tocando el violón en su mínimo jardín de Puerto Rico, el mismo día que vi morir, agonizar, que es un palabro longaniza, a Juan Ramón Jiménez, que siempre le decía a la que fue su mujer, Zenobia, coleccionista de tijeras y mariposas:

— Hoy sólo escribiré cien palabras.

Le vi, casi como irse, aquel mediodía en la clínica de Río Piedras de San Juan, ya premio Nobel que para nada le había servido, y lo conté, el poeta entre las cuerdas de la vida, los hilos de plástico de su huida final, respirando como una vieja guitarra rota, ya sin otra palabra que su palabra interior. Y recordé que para escribir la palabra “rosa”, cuatro letras tan solo, en su poema más corto y quizás más popular («¡No la toques ya más,/ que así es la rosa!»), levantó la pluma del papel, en su casa del barrio Chamberí, de Madrid, donde entonces vivía y donde le molestaba hasta el paso del tranvía, porque le rompía todos los esquemas.

Los esquemas del poeta, las escamas del poeta, quizá estas palabras, que son escritas y escuchadas, mi largo tiempo en la radio, los títulos de mis historias escritas, tantas veces sujetas a la férrea disciplina de la onomatopeya... (¡Hacía tanto tiempo que no escribía ni pronunciaba la palabra “onomatopeya”!)...

La palabra verde de Neruda, en su casa de Isla Negra, allá al fondo, sobre ese mar Pacífico, el océano (siempre quise ser oceanógrafo, hasta que vi el mar, que para mí es la mar, como el agua es la agua, porque tienen vientre paridor y femenino, nombres maternales, nombres que producen vida), la palabra “verde”, ya sigo frente al gran Océano Pacífico (que es mentira, a veces las palabras engañan, suenan de distinta forma, jamás para mí, que siempre fui un contador de historias de la mar: Pacífico, ¡mentira!), y don Pablo, siempre vestido de capitán de barco, náufrago entre mascarones de proa, con señoras con las tetas fuera, tetas de palo de barco, y caracolas compradas en oriente, y botellas de ron con barcos dentro, y desde allí le dije:

— ¿Me permite, don Pablo, que eche desde aquí mi carta, en una botella vacía, con algo escrito dentro, por ver si algún día llega a España?

Y él me respondió, con aquella voz fina que tenía, aunque podía ser azul marino, nunca mejor dicho, sentenciando:

— No es la primera que desde aquí lanzamos, joven. Pero arrójela, que con que llegue algún día a algún sitio...

—Pero, de querer que llegue, don Pablo, ¿dónde quiere que acerque este mensaje, en el que solo ponemos «Buen viaje»?

— Pues a Granada mismo, ya que de Granada viene usted y me pregunta por Federico, que era un enviado especial de la alegría.

Así lo hicimos, que Granada también, aunque no queramos a veces, es puerto de mar, y en Granada fue, en Motril, su puerto, su puerta natural, donde yo vi por vez primera vez el mar, la mar.

Y aún no ha llegado, aunque sé que algún día arribará el mensaje, como un niño negro en su patera, negro es un

color, lo mismo que el negro en la palabra, viuda es una palabra negra, con una u de tumba, no hay más que verla, que las palabras hay que verlas a veces, negra que te quiero negra..., arribará el mensaje, digo, en la patera del tiempo, a ver si llego a saber que llega. Y, si no, pues que se hunda, el hundimiento del palabranic, y que me perdonen los señores académicos, tanto por los palabros, las palabras, las palabrísimas, como por mi tardanza en escribir estas quince hojas... Qué difícil escribir con disciplina, cuando las palabras deben ser al escribirlas, al pronunciarlas incluso, como quien mea, como quien orina, la piedra del riñón de la depresión, que es el cáncer del alma, o de la tristeza.

Las palabras, las verdes, rodeadas de azul, de Neruda, escritas en aquel libro de los versos del capitán que le llevaba en edición de bolsillo: "A Tico". «¿Es con ca o con equis?», me preguntó. Debí decirle que pusiera "Escolástico", que es como ahora me gusta que me llamen, tal vez porque vuelvo, como debe ser, a mis raíces campesinas, pero le dije:

— Con ce, don Pablo, con ce.

— Y eso, ¿de dónde viene?

— Viene de Escolástico, don Pablo.

— Me llama, por favor, Pablo o Neruda, a secas. ¿Y por qué, a ver, no se quedó usted con su nombre de verdad, con Escolástico, que es más solemne, más fuerte, más verdadero, más suyo?

— Azorín se llamó —siempre llevaba esa historia de bolsillo a mano para justificar lo injustificable— José Martínez Ruiz.

— Sí, pero ese, compañero, era el nombre de un pájaro, cazador de palabras. Pero usted tiene nombre de samba, un poco cómico, tal vez trágico.

Ahora lo cuento por primera vez, desde hace tanto tiempo, así que, a partir de hoy, como en el carnet de identidad, llamadme Escolástico, que es una palabra más mía, más del día en que vine al mundo, más o menos, qué sé yo... Ya lo ha hecho así la biblioteca de mi pueblo, que se llama Escolástico Medina, y a mucha honra.

Porque si algo regalo son, precisamente, eso, palabras, palabras para bibliotecas públicas, para colegios, para el diario, para el *Ideal*, que recoge mis palabras, que las airea, las multiplica, palabras que son mi única riqueza, en el aire de cada mañana de radio con mis cartas... Palabras, palabras y más palabras, palabras como vencejos, a veces como lechuzas, a ratos como gorriones, o como esos pájaros que son los zorzales y que tienen corazones de aceite...

La palabra cargada de angustia, y de pólvora, de Che Guevara, la palabra escrita sobre la mesa del viejo palacio de La Habana donde me recibió, la palabra asmática, de Guevara, sobre la mesa de roble español del virreinato todavía: «Aquí se puede meter la pata, pero no se puede meter la mano».

Las palabras de los grandes, la de Gabriel García Márquez, al que entrevisté en varias ocasiones, cuando todavía no había que pasar por el filtro de Carmen Balcells, primero en Barcelona, luego en Madrid y una vez en que yo lo acompañaba en un vuelo de gran misterio entre México y Panamá, pasando por Costa Rica, y él me preguntó:

— ¿Vienes de Macondo, Medina?

Mucha gente no se atreve a decir Tico, y dice Medina, que es el apellido y tiene arcos y *tianguis* en la palabra misma, y en el fondo y en la forma el apellido es eso, solo eso, un juego arquitectónico de mercados árabes, que

a veces me faltan ya las palabras, por eso este discurso, este palabreo, este como *tianguis* que dicen los mexicanos, que así es como ellos llaman al zoco tradicional o al mercadillo actual de nuestros pueblos, y por eso recuerdo ahora estas palabras antes de que se me olviden y me falten, que ya me están empezando a faltar algunas. Y el día que me falten del todo me habré ido de este juego de palabras que es la vida, que es la muerte.

La palabra de Octavio Paz, en su casa de la ciudad de México, con aquella paloma que se nos cayó en su mano, como les cuento, en la calle Reforma, muerta por la contaminación, y que en su dramático silencio solo pude argüir: «Maestro, no cabe duda de que no es la paloma de Octavio Paz, sino la de la guerra del cielo contaminado». Argüir, no me gusta esta palabra, aunque tenga el sombrero de la diéresis encima, que hasta el ordenador la escribe con solo pulsar la tecla necesaria, y permítanme el inciso, porque la relaciono con las palabras vacías, pero llenas de la oportunidad periodística, de las que usaba cuando era mucho más joven que ahora, aunque mi vida se parta hoy en dos mitades, antes y después de este día, de esta noche en que me hacéis académico, pues desde hoy ya seré Académico Medina.

La palabra indiada, de la India india, la India verdadera, la India hindú donde él, Octavio Paz, fue embajador y de la que llenó su casa de la calle Reforma de biombos y alfombras de aquella lejanísima y culta India, el país que me hizo inscribir, tatuar, en mi memoria, aquella única palabra, en su huerto de rosas y espigas de Delhi, de Indira Gandhi, a la que asesinó después el hombre de los ojos de fuego que la acompañaba: «Namasté, namasté».

Una palabra que, en el saludo tradicional indio, es como si dijera a la vez «Bienvenido, buen viaje», como en el tradicional saludo granadino (siempre vuelven las palabras iniciáticas): «¿Cuándo has *veníó*? ¿Cuándo te vas?».

Namasté, amaste, mamaste. El amor y la madre juntas. Las palabras aquellas de nuestro nacimiento, de nuestra muerte, aquellas de amor y de cariño, que a veces, siendo cosas bien distintas, son la misma cosa. Palabras, palabras, palabras...

La palabra de Miguel Ángel Asturias, otro premio Nobel, aquel guatemalteco formidable (¿es formidable la palabra, el adjetivo de Miguel Ángel Asturias? No lo sé), solo que fui a entrevistarle, allí, a lo alto del pequeño apartamento, donde vivía sobre el Sena, y me hizo el gran descubrimiento: «Bien, busquemos a ver dónde he dejado el Nobel, igual está en el excusado». Y allí estaba, junto a una torre de libros que leía siempre, cuando andaba en problemitas, según me dijo él mismo, en el retrete. No me atreví a titular la entrevista con aquella confesión que me hizo con el dulce acento de los quechuas, los indios más duros del “monte del petróleo”, aquéllos que lucharon sin nombre y descalzos por la libertad del Petén que nunca consiguieron, pero sí que conté la anécdota:

— Pues aquí me tiene, escribiendo, como es lo mío, con mi quetzalito en la espalda.

Y así era, el pájaro que no sabe vivir en jaula, incluso disecado vuela, el pájaro que es moneda y revolución y religión en Guatemala, tiempos aquellos cuando uno lo buscaba por las altas selvas húmedas para decir algún día que no pudo decirlo, a veces la palabra es el quetzal imposible de atrapar, siempre vivo, entre la niebla, con la cola larga del adjetivo suelta.



Conozco, por conocer, la palabra del lobo de ojos amarillos en mi nuca, la del leopardo en la alta montaña de América, la de la vida que se va con un fusil frente al pecho clavado en Nicaragua, y aquellas palabras rotundas bajo el cartel con un cóndor sobre la bandera.

— Usted lo que quiere es que me coja el toro, galleguito.

Son las palabras del odio derramadas sobre el oído, o aquellas de Tirofijo, con su toalla al hombro, ya viejo hace cincuenta años, cantándome la canción de la Sierra Nevada, el padre de casi todas las guerrillas.

Las canciones de las Américas, de todas las Américas, desde Cabo de Hornos, con la campana que hablaba entre la niebla, la suave palabra de los guerrilleros, que huelen a bosque y a pólvora, las palabras de los ángeles, sobre mi cabeza, allá arriba sobre las crestas de los montes de la revolución, y aquella palabra escrita y clavada en el Muro de las Lamentaciones, el lamento del cronista de guerra, abandonado entre las piedras, cuando los tanques de Dayan me acercaron hasta el corazón de Jerusalén el día de la toma, aquella palabra que puse, que allí seguirá, y que decía “Libertad”, aunque tenía muchas más para poner, una carta o un romance.

Aquel día de las quizá más dulces palabras que escuché en mi vida, cuando, por la mañana, Golda Meir me mostró las murallas doradas de Jerusalén desde su despacho, con las torres erizadas de ametralladoras:

— Esta es la vieja ciudad, que siempre hemos soñado y donde está nuestra casa que jamás abandonaremos.

Las palabras del exilio, que yo conozco como pocos: el exilio de Madariaga, con su boina y su capa junto al lago suizo, o el de Ramón, el escritor grande, Ramón... Sender

(a veces se me va el apellido, que al fin y al cabo es el hermano de la palabra), al que le llevé una carta para que volviera a España. ¡Si vierais cómo decían España, cómo sonaba en su boca la palabra España, ahora que tanto se la diluye, se la ensaliva, se la niega incluso, como Pedro negó a Jesús aquella noche del olivo y la higuera! Las palabras como suenan, como las de Chavela Vargas cantando a Granada en su casa de San Miguel de Allende, rodeados de vírgenes andaluzas, las imágenes queridas, la voz de Chavela en cualquiera de los sitios, una voz que fue de aguardiente pulque y tequila, y que después ya volvió ronca a la pelea, y que ahora canta a Federico desde el dolor de la pérdida... ¡Cuántas veces hemos dicho la palabra Federico y de cuántas maneras distintas! La palabra hermosa y bien dicha de Manuel Benítez Carrasco, recitando lo suyo y lo ajeno por aquel México de los caballos aztecas, los nopales y los gallos. La palabra del *kikiriki* distinto de eso, los gallos negros de sangre roja de los vudúes, de Colón en Panamá, o en Uruguay cuando buscábamos al gran Gardel, el de la palabra tan cercana, que era la palabra *abandoneonada* pero nunca abandonada. La palabra de Amalia, cantándome un fado en el balcón de su casa; la del rey Don Juan, mirando a España desde Portugal, con un catalejo que a veces tenía cerrado y en el que no estaba Madrid al fondo; la palabra de Julio Iglesias, diciendo la memoria en el lejano Tokio, entre crisantemos y ballenas; la de los que cantan el himno de la Legión en el sitio donde se canta, y no en ningún otro sitio; las palabras del Inri clavadas en la cruz, palabras que gritan en el Gólgota (qué dura, qué fuerte, qué llena de piedras rojas la palabra Gólgota).

¿Sabéis lo que es tratar de colocar, de ordenar entre tanto desorden, las palabras intercambiadas con los cincuenta mil seres humanos, a veces inhumanos, escasamente divinos, con los que he hablado, conversado, convivido, y entre las que casi siempre, por no decir siempre, incluí, pronuncié, conté, multipliqué la palabra Granada? Como en el Valle del Eco, en la cordillera de los Andes, como frente al Faro del Fin del Mundo, a bordo de los barcos del tiburón, o allí donde fuera, gritando lo que sé, lo que siempre se me viene a la boca como un vómito, como una copla... Las palabras de Antonio Mairena, aquel día que cantó para mí, para mí solo; o las de Ben Gurión, el padre de la patria judía, la cabeza blanca de violinista, el traje de rayas cubierto de caspa, como el de Machado (don Antonio, digo), y las zapatillas de felpa; o las del poeta inmenso, ese sí es el adjetivo, el apellido de León Felipe, aquél que siempre dijo “Patria” o “España” de una forma distinta... Como aquel día, para mí único, en que los señores de la patria lejana se fueron calle abajo, en México, después de que arriamos la bandera republicana de la alta torre del Barrio Rosa, en la capital azteca, para izar la bandera española constitucional, se fueron llorando y yo con ellos, calle abajo, sobre una alfombra de hojas doradas, elegantes en su derrota que no era derrota, fuertes en su victoria que tampoco era victoria, aquel Waterloo del que yo fui cronista...

Las palabras, que nunca me faltaron, a la hora de escribir, aunque ahora tanto echo de menos, las palabras lanzadas como flores, como piedras, como hiedras que trepan, las palabras reunidas, engarzadas, como joyas, como anillos de un collar inacabable, qué tiempos aquellos en los que

no me faltaban palabras y el diccionario me acompañaba como un fiel ordenanza al que nunca pedía nada y ahora es mi amante, ¡ay! Aquellas palabras nunca perdidas del hombre del guardapolvo, aquel maestro, don Julio Casares, entre los altos torreones de los libros de la Academia...

Las palabras de Lola o las del Cordobés, pero sobre todo las de Lola, palabras violetas («A la caída de la tarde seremos *ezaminados* de amor»), tantas tardes, hora a hora... Las de mi compadre Curro, tan cortas, pero tan largas, palabras desde la cultura de la sangre, dejadme que os lo diga, tan profundas como las de los más cultos... Palabras, palabros, palabrotas, palabritas, palabrinas, palabrejas, palabrones... Palabras de todos los cantos del mundo, de aquellos que solo saben, que no es poco, de las estrellas, su número y su manera, los mayas con los que dormí al pie de la Torre de la Luna... Palabras de los poetas de América, palabras de los del norte de la tierra, palabras de los que levantan sus casas dentro del hielo y coleccionan como bastones los narvales de los ballenatos que nacieron unicornios...

Los renglones escritos, los acentos, a bordo de los barcos, en las lejanas academias de Valparaíso, en la isla lejanísima de Chile, aquella donde se acuesta el sol, el ombligo de la tierra de los galápagos, la manera de encontrar sin buscar a los últimos guaraníes en los ríos paraguayos, junto a sus músicas: “Paraguay en cuerpo y arpa” titulé desde las cataratas de Iguazú. Tan pegado siempre al cuerpo, como un parche antidolor, ahora que cuando escribo no me duele este sufrimiento de hace años que hoy también ha querido acompañarme aquí con su palabra de fuego, constante, en esta noche de inmensa gloria, gloria bendita para mí.

Las palabras que se me repiten, a veces, que me gusta pronunciar una, dos, tres veces, y escribirlas como una cadena. Pero no solo las que me gustan, sino también otras que odio y no escribo tanto. ¿Por qué me gusta tan poco escribir *entraña* si es tan nuestra que con nosotros muere de la misma forma que nace? Y las viejas palabras que no se van, que nacieron con nosotros y que son la placenta de lo que fuimos, palabras que a lo mejor jamás se han borrado, tal vez lo último, cuando nos vamos.

Las palabras del dolor, en todos los idiomas, las de la magia, las oscuras palabras de cuando todo se olvida, que ni suenan ya, las voces, las coces, las hoces, las palabras de la calle, de los barrios, de los pueblos, de los caminos, las palabras de todo el mundo que siempre recogí antes que nada ni que nadie, a veces mal pronunciadas, incluso olvidadas, pero que a veces tiras y te salen del fondo como una ristra de ajos, de ojos, buena seña, esa cadena de ojos que te alegra la memoria.

La memoria del agua, que no falte, el agua que conocí de niño, el agua que escuché en el amor primero por los cauchiles de la Alhambra, el agua, el agua de los grandes ríos, cuajados de cocodrilos, el agua, el agua de los hielos totales de la Antártida, donde solo florecen, eso, las palabras, como líquenes que se quedan para siempre, para que los coman los pingüinos, las palabras de los árboles solos, el agua de las alamedas, el agua, el agua, de allí donde se despeña, en las altas tierras de los dioses de Venezuela, Joseíto cantándome al oído “Guantanamera”, o María Dolores Pradera, tan nuestra, a la que yo llamé en su día “María Dolores Palabra”, cantándome para mí solo, aquella noche por Chapultepec...

Palabras que no me falten, palabras que aún aprenda, palabras de la noche que solo se pueden pronunciar por la noche, porque para la noche fueron trabajadas, palabras sin pronunciar que aún me restan, palabras que son pan y árboles a cuya sombra donde sentarse, palabras que son lluvias, últimas palabras, palabras de cuna, palabras de evangelio, palabras de dios y del demonio, palabras del amor, insultos, que son palabras negras, es verdad, lágrima es una palabra que llora, lluvia es una palabra que llueve... Las palabras que no escaparon de las islas, como las de aquel hombre lejano que siempre cuento, al que le pregunté en la isla de la Graciosa, mientras remendaba una red: «Y aquí, maestro, ¿se muere mucha gente?», y, sin mirarme, siguió remendando (a veces las palabras también hay que remendarlas) y me sentenció: «Aquí, como en todos sitios, nos morimos todos». Ocho palabras que resumían la vida y la muerte, mientras soplabla el viento sobre la arena.

Palabras amarillas, verdes palabras, rojas palabras, palabras como alfombras, como faros, como minaretes o como portaviones, palabras sin las cuales hoy no podría haber venido hasta aquí, desecho de tintera y de derribo, como los viejos toros, renegado y reventado, viejo mendigo bien vestido, o medianamente vestido, con el chaqué o el viejo frac simbólico de lo que se me viene encima, cronista enamorado para bien y para mal de esta tierra que me soporta y me funde. Palabras que necesito, porque las devoro, las como, las meriendo, las cenó, las conservo en la alacena de mi recuerdo, palabras que a veces me quitan de dormir, me desvelan, palabras que dichas donde sean dichas tienen el tambor de Morente en su ritmo, mejor

decir en su son, y el largo grito tibetano de la Chía en la noche del oscuro dolor del viernes santo.

Debo terminar, no porque las palabras me falten, aunque me faltan, sino porque me sobran y me redimen, y a la vez me sangran y me consagran... Os diré para rematar, bueno, para rematar, no, que eso es matar dos veces, os diré mejor, desde mi herida abierta, para acabar por esta noche, que no hace mucho se trató de encontrar la más hermosa, la más rica, la más verdadera de las palabras. Pues bien, Alhambra tiene tres aes y todas las palabras con tres aes (se dice aes) son buenas, casi únicas, por ejemplo Granada también las tiene, las tres juntas, y la más hermosa de las palabras también las tiene, las tres juntas igualmente. Porque a estas alturas de la vida, a estas bajuras de la vida, este cronista, este vagabundo coleccionista de leyendas, os dirá, para terminar, que la más linda, la más bella, la más guapa de las palabras es, precisamente, ésa: la palabra PALABRA.





## ESCOLÁSTICO MEDINA GARCÍA (Píñar, 1934)

Popularmente conocido por su firma periodística, Tico Medina comenzó escribiendo guiones teatrales para Radio Granada cuando contaba tan solo quince años de edad, y un año después ya dirigía la revista *Academia Isidoriana* y colaboraba en los diarios locales *Ideal* y *Patria*. En 1954, se marchó a estudiar periodismo en Madrid, donde comenzó su carrera profesional publicando reportajes en la revista *Careta*, para pasar después sucesivamente por las redacciones de los diarios *Informaciones*, *Pueblo* y *ABC*, destacando en todos ellos como el reportero estelar de la publicación, al tiempo que trabajaba también para Radio Madrid en el programa *Cabalgata*, de Boby Deglané.

Tras la puesta en marcha de TVE el 28 de octubre de 1956, Tico Medina inició pronto sus trabajos en televisión con *La pequeña historia de hoy* y, desde entonces, su presencia es también habitual en este medio audiovisual, del que es uno de sus principales pioneros y donde a lo largo de los años ha participado como reportero, director y presentador de distintos espacios de contenido variado. En 1977, Televisión Española le destacó como corresponsal en México, encargado de cubrir toda el área de Centroamérica, regresando al año siguiente a España para hacerse cargo del programa *Las buenas noticias*.

En diciembre de 1978 fue nombrado director del diario *La Voz de Albacete*, cargo que abandonó pronto al no sentirse “a gusto encerrado en un despacho”. Colaborador de las revistas *Hola* y *Diez Minutos*, en las que llegó a ocupar diversos cargos de responsabilidad, buena parte de

su carrera periodística la ha desarrollado en *ABC*, donde fue jefe de reporteros y, entre 1988 y 1989, corresponsal en América, escribiendo diariamente *Crónica de América*. Dentro del mundo radiofónico ha trabajado también en la cadena COPE, donde hizo *Buenos días, España y Hermano América*. En 1995 se incorporó al equipo del programa *A toda página*, de Antena 3 TV, como encargado de la sección *El retrato*. Al año siguiente, fue presentador y coguionista de *Se busca*, programa semanal de sucesos, y poco después dirigió *Mayores sin reparos*, espacio diario con el que llegó a cumplir cien programas de televisión. En 2005 comenzó a colaborar diariamente en *Canal Sur Radio* con la sección *La carta de Tico Medina*, y desde 2009 lo hace semanalmente en el programa *La Tarde* de Canal Sur TV.

Por otro lado, desde que comenzó el siglo actual firma todos los domingos la última página del diario *Córdoba*, bajo el título fijo de *El Perol*, y desde el otoño de 2005 mantiene otra página completa en *Ideal* de Granada, también en la edición dominical, tras su nombramiento como cronista oficial de la ciudad por el pleno de la corporación municipal.

A lo largo de su carrera ha recibido numerosos premios, entre los que destacan el Internacional Europeo de Periodismo, en 1984; las Antenas de Oro y los Premios Ondas de Radio y Televisión; el premio a la labor profesional concedido por la Asociación de Corresponsales de Prensa Iberoamericana, en 1994; el Rodríguez Santamaría de la Asociación de la Prensa de Madrid, en 1996, y el Pedro Antonio de Alarcón que concede el Ayuntamiento de Guadix, en 2000. En 2005 fue nombrado Cronista Oficial

de Granada, donde fue a la vez distinguido con la medalla de oro de la ciudad por el Ayuntamiento y con el premio Luis Seco de Lucena a la trayectoria profesional por la Asociación de la Prensa. En 2008 fue destacado con una de las Medallas de Andalucía que concede cada año el gobierno autonómico con motivo de la festividad del 28 de Febrero, día oficial de la Comunidad. Finalmente, en 2017 recibió la Medalla de Oro al Mérito en el Trabajo que otorga el Consejo de Ministros del Gobierno de España.

Considerado como un auténtico maestro de periodistas, sus géneros favoritos son el reportaje y la entrevista, en los que destaca como uno de los más prolíficos de la prensa española del siglo XX, no en vano han sido alrededor de 30.000 las entrevistas por él firmadas en prensa escrita a lo largo de su fructífera vida profesional, realizadas a personalidades de la relevancia de Indira Gandhi, Pablo VI, Che Guevara, Golda Meir, Richard Nixon o Fidel Castro, por no hablar de Pablo Neruda, John Lennon, Luis Miguel Dominguín, Salvador Dalí, Octavio Paz o Gabriel García Márquez, entre tantos otros, cuyas conversaciones con Tico Medina figuran entre las páginas más destacadas que se conservan en las hemerotecas.

Es, asimismo, autor de más de una veintena libros sobre temas diversos, entre los que cabe mencionar los siguientes títulos: *La tierra redimida* (1962), *Almería al sol* (1963), *Tercer grado: la silla eléctrica* (1964), *Crónica del Pirineo de Huesca* (1968), *Carretera y manta* (1972), *España por el talle* (1972), *De todos los colores* (1973), *Cartas a una mujer* (1974), *Asturamericanos* (1974), *Crónica de América* (1994), *Humanas y divinas: retratos femeninos de sociedad*, con ilustraciones de Osvaldo Pérez D'Elías

(2002) y *El galeón de arena: la otra Fuerteventura* (2003). Uno de los géneros que más ha prodigado es el biográfico, con títulos como *El oro y el barro* (1964 y 1992), donde cuenta la vida de Manuel Benítez ‘El Cordobés’; *Cayetana, Duquesa de Alba* (1972); *Julio Iglesias: Entre el cielo y el infierno* (1981); *Lola en carne viva* (1990), que recoge las memorias de Lola Flores; *Ortega Cano: Traje de luces, traje de cruces* (2007), con el que cumplió la palabra dada a Rocío Jurado durante la celebración de su último cumpleaños, y *El día que mataron a Manolete: la cara oculta del mayor mito del toreo* (2009). Por último, una faceta suya poco conocida es la de guionista de cine, siendo dignos de mención en este capítulo los guiones de las películas *Aprendiendo a morir* (1962), de Pedro Lazaga, y *La niña de luto* (1964) y *Jugetes rotos* (1966), de Manuel Summers.

En la actualidad, Tico Medina trabaja en la redacción de sus propias memorias, al tiempo que continúa colaborando diaria o semanalmente en distintos medios audiovisuales, como Canal Sur o la COPE.

Desde el pasado 30 de marzo de 2009 es miembro honorífico de la Academia de Buenas Letras de Granada.

(Eduardo Castro)

Este discurso, editado por la  
Academia de Buenas Letras de Granada,  
se acabó de imprimir en Granada  
el 23 de diciembre de 2019,  
aniversario del nacimiento en Moguer  
de Juan Ramón Jiménez en 1881,  
en los Talleres de Tadigra,  
estando al cuidado de la edición  
el Ilmo. Sr. D. Eduardo Castro,  
Académico Supernumerario.

Granada,  
MMXIX